



## Capítulo 323 - La rendición de Tianlong

Una furia fría, aguda y posesiva atravesó a Xiang.

Acababa de esforzarse por contener las pequeñas distracciones, solo para descubrir que él se preparaba para marcharse.

«¿Nos vamos?», repitió ella, con una voz que rezumaba un peligro sedoso que hizo que el aire de la habitación, revestida de terciopelo, se volviera pesado, cargado de ozono y de su propia oscura intención.

—¿Acabas de regresar y ahora nos vamos a los círculos internos?

Akane, la mujer de pelo blanco y orejas de zorro, miró entre ellos, con los ojos dorados muy abiertos por una tensión que claramente no entendía.

—Xiang, él tiene razón. La situación es...

—Cállate, pequeña zorra —ronroneó Xiang, sin siquiera mirarla. Toda su atención se centró en Tianlong mientras comenzaba a acercarse a él, con su túnica negra susurrando contra la lujosa alfombra.

Cada paso era un deslizamiento deliberado y depredador, con sus caderas balanceándose con una promesa de violencia y placer. —He venido aquí por mi marido, no por una sesión informativa sobre la misión.

Entonces lo vio: un destello en sus ojos carmesí y dorados, un microscópico tensamiento del músculo de su mandíbula. No era la mirada de un comandante



que cambia de planes; era la mirada de un hombre que había mirado al abismo y había visto cómo este le devolvía la mirada.

Era una fortaleza de calma, pero ella conocía las grietas de sus muros mejor que nadie. Ella había ayudado a construir algunas de ellas.

«¿Adónde vas?», preguntó, suavizando la voz al acortar la distancia.

Su cuerpo se movió con una gracia fluida hasta que se detuvo justo delante de él, y su aroma —ozono, magia antigua y algo frío y ancestral que la helaba hasta los huesos— inundó sus sentidos.

Él intentó desviar la atención, esbozando una leve sonrisa forzada. —El plan ha cambiado. La academia ya no es la prioridad.

—Nos vamos a los clanes principales. Inmediatamente.

Él extendió la mano y le acarició la mejilla con el pulgar en un gesto conciliador. —No te preocupes, preciosa.

Xiang no se inmutó. Vio más allá del contacto casual, más allá de las palabras burlonas.

Vio el terror puro y profundo que se agitaba detrás de sus ojos, un pánico existencial que apenas podía contener. No huía de una batalla, huía de un fantasma.

Ella levantó la mano y cubrió la de él. Presionó la palma contra su mejilla, entrelazando los dedos en el cabello de su sien.



—¿Qué ha pasado? —susurró, clavando sus ojos violetas en los de él, exigiendo la verdad.

Por un segundo, la máscara casi se rompió. Su sonrisa vaciló, su mirada perdió el foco.

Pero se mantuvo firme, apretando la mandíbula. —Nada que te incumba.

Sin embargo, sus ojos lo traicionaron.

No solo estaban enfocados, sino que parecían atormentados.

Los labios de Xiang se curvaron en una sonrisa cómplice y peligrosa. No se lo diría con palabras.

Bien. Ella conocía otras formas.

Con una gracia lenta y deliberada, que era a la vez una sumisión y una declaración de poder, se arrodilló ante él. Su mirada nunca se apartó de la de él mientras descendía, la seda negra de su túnica acumulándose a su alrededor como tinta derramada.

Tres mariposas de obsidiana, manifestaciones de su voluntad, se desprendieron de su vestido y comenzaron a revolotear perezosamente alrededor de su cabeza, con sus alas silenciosas como la tumba.

Su mano se movió desde su mejilla, deslizándose por su pecho, sobre los duros planos de su estómago, hasta la parte delantera de su túnica. «No soy como Akane, cariño», murmuró, con voz grave y poseedora.



Sus dedos encontraron el cordón de sus pantalones. «Un hombre que cambia de planes tan rápidamente está huyendo asustado.

No necesitas un plan de batalla. Necesitas un ancla».

Con un movimiento rápido de muñeca, sus dedos desabrocharon la tela. Sus ojos se abrieron ligeramente mientras lo liberaba.

Él ya estaba medio erecto, grueso y pesado, con una gota de líquido transparente brillando en la hendidura de la furiosa cabeza púrpura. Las venas sobresalían como cuerdas de poder envueltas alrededor de los veintitrés centímetros de longitud.

Su mano no era lo suficientemente grande como para rodearlo por completo. Era un arma, y ella era su maestra.



Sostuvo su miembro, levantándolo, revelando el pesado peso de sus testículos debajo. Akane jadeó detrás de ellos, una inspiración brusca que Xiang ignoró por completo.

Se inclinó hacia adelante, sacando la punta de la lengua para trazar una línea húmeda sobre la piel tensa de su escroto. Él siseó, enredando instantáneamente sus dedos en el cabello de ella, agarrándolo con fuerza.

—¿Qué estás haciendo? —La voz de Akane era aguda, con incredulidad y un toque de celos escandalizados.

Xiang no se detuvo. Se metió uno de sus testículos completamente en la boca y lo chupó suavemente, hundiendo las mejillas. Un sonido grave retumbó en su pecho.



Sus ojos violetas se alzaron para mirar con ira a la mujer zorro. «¿No lo ves?», dijo con voz apagada pero llena de desprecio.

«Nuestro marido no se encuentra bien». Lo soltó por un momento, dejando un rastro brillante de saliva.

«Por eso puede engañarte, Akane. Tú ves al comandante».

«Yo veo al hombre».

El rostro de Akane se sonrojó profundamente y sus orejas de zorro se aplastaron contra su cabello plateado. «Basta ya», balbuceó.

La mano de Tianlong se apretó en el cabello de Xiang, una orden silenciosa y desesperada. \*Continúa\*.

Se había rendido.

Al ver su silenciosa aprobación y la expresión engreída y triunfante de Xiang mientras volvía al trabajo, algo se rompió en Akane. La vergüenza luchó con un feroz fuego competitivo.

Con un gruñido frustrado, se adelantó y se arrodilló a su otro lado. «¿Crees que eres la única que puede complacerlo?», murmuró.

Sus manos más pequeñas y pálidas se cerraron alrededor de la base de su miembro. Ahora estaba completamente duro, dolorosamente duro, palpitando con calor.



Mientras Xiang continuaba con su devota atención a sus testículos, girando su lengua alrededor de ellos, Akane se inclinó y tomó la gruesa cabeza púrpura de su pene en su boca.

Tianlong echó la cabeza hacia atrás y un gemido grave retumbó en su pecho.  
—Vosotras dos... parad... —logró decir, pero sus caderas se empujaron instintivamente hacia adelante, más profundamente en la garganta de Akane.

Akane comenzó a chupar, torpemente al principio, con sus grandes ojos dorados mirándolo mientras intentaba tomar toda su circunferencia. Miró a Xiang, que trabajaba con una facilidad exasperante y experta, con la lengua ahora alejándose de sus testículos para lamer lenta y deliberadamente la gruesa vena de la parte inferior.

La visión estimuló la naturaleza competitiva de Akane. Aceleró el ritmo, trabajando los músculos de la garganta, y un «Ghk...» ahogado se le escapó mientras luchaba por tomar más de él.

La combinación era devastadora. Él contuvo el aliento. La meticulosa y provocadora adoración de Xiang por su base y sus testículos, y la ansiosa y desesperada succión de Akane en su cabeza.

Akane, sintiendo cómo la lengua de Xiang se movía más arriba, rozando sus propios labios, sintió una oleada de posesividad. Su mirada se dirigió hacia la cama donde yacía la elfa, Sylvea.

Vestida con una sencilla y elegante túnica verde, Sylvea observaba con los ojos verdes muy abiertos y enrojecidos, todavía aturdida y débil.

—Ven a ayudarme —exigió Akane.



Sylvea se estremeció, pero la orden era absoluta. Con un temblor visible, se deslizó fuera de la cama y se arrodilló detrás de Akane.

El aire se llenó del aroma del sexo y la magia.

Xiang sonrió con aire burlón. «Así que la pequeña zorra necesita un aliado», ronroneó, sin romper su ritmo.

Con vacilación, los largos y delgados dedos élficos de Sylvea se extendieron y se envolvieron alrededor de la gruesa parte media de su miembro, expuesta entre sus bocas. El calor que desprendía era increíble.

Ella comenzó a acariciarlo, deslizando sus suaves manos sobre sus venas, resbaladizas por la saliva.



Tianlong gimió y tensó todo el cuerpo. Sus manos dejaron el cabello de Xiang, una de ellas buscó la nuca de Akane para sujetarla en su sitio, mientras que la otra se enredó en los largos mechones verdes de Sylvea, atrayéndola hacia él.

«Bien», dijo con voz ronca, cargada de lujuria. «Todas vosotras».

El elogio encendió el fuego bajo ellas. Akane se empujó para tomarlo más profundamente, con un «¡Ngh-hhk!» ahogado de protesta cuando la punta de su pene golpeó la parte posterior de su garganta.

Xiang, para no quedarse atrás, aumentó la presión de su succión, haciendo movimientos perversos con la lengua que le debilitaron las rodillas. «Dioses...», susurró. Sylvea, guiada por la presión de su mano, aceleró sus caricias, encontrando con el pulgar el sensible frenillo de la parte inferior y frotándolo sin descanso.



El control de Tianlong se estaba desvaneciendo, el terror en sus entrañas se estaba consumiendo. «Joder...», jadeó.

«Xiang», gruñó.

Ella levantó la vista, con los ojos violetas ardientes y saliva goteando de su barbilla. «¿Sí, mi amor?».

«Tu lengua», ordenó con voz ronca. «En la punta.

Ahora».

Era un desafío directo a Akane. Los ojos de Xiang brillaron con victoria.



Con una sonrisa depredadora, se movió, dejando sus bolas para subir por su miembro, apartando la cara de Akane sin ceremonias. Akane dejó escapar un pequeño y ahogado ruido de protesta, pero no se atrevió a desafiarlo.

Se movió para unirse a Sylvea, acariciando su miembro con las manos mientras la boca de Xiang reclamaba el premio.

La lengua de Xiang era un instrumento virtuoso. Lamía, giraba, chasqueaba y atormentaba la sensible cabeza. Tianlong arqueaba la espalda, con los nudillos blancos por agarrar el pelo de Sylvea.

La presión iba en aumento, una supernova al rojo vivo lista para detonar. «Casi... ya...», gruñó entre dientes apretados.



«Mírame», ordenó con un rugido gutural.

Las tres mujeres levantaron la vista. La boca de Xiang estaba llena, sus ojos violetas triunfantes.

Las manos de Akane se deslizaban por su miembro, sus ojos dorados muy abiertos con una necesidad desesperada de complacerlo. Los ojos verdes de Sylvea estaban llenos de admiración y reverencia.

Ahora veían al dios que había en él, el hombre aterrorizado completamente consumido.

Él estalló, un torrente de su semilla caliente y espesa salió con una fuerza que hizo que Xiang se atragantara, un «¡Gik!» ahogado mientras se derramaba de su boca para salpicar la cara de Akane y el pecho de Sylvea.



Durante un largo momento, el único sonido fue su respiración entrecortada y jadeante. Xiang se apartó lentamente, con un hilo de saliva y semen conectando sus labios con la punta de su pene, ahora más blando.

Akane se limpió la mejilla, con sus ojos dorados, ahora llenos de una adoración aturdida, como la de un cachorro, mirándolo fijamente.

Tianlong se quedó de pie junto a ellas, con el pecho agitado. La mirada atormentada había desaparecido, sustituida por una claridad absoluta y escalofriante.

Desenredó suavemente sus dedos de su cabello. Ellos permanecieron arrodillados, mirándolo como perros leales esperando una orden.



Miró a los tres —su guerrero, su zorra, su ninfa— arrodillados a sus pies, cubiertos con su semen.

Una sonrisa fría y tenue tocó sus labios, sin contener calidez alguna.

«Hoy conocí a la Emperatriz».

